

# IMPORTANCIA Y USO DE LA LENGUA LATINA EN NUESTROS DIAS

Con tan sugestivo epígrafe apareció en la revista *Latinitas*<sup>1</sup> un artículo en el que Juan Coppa ofrece una síntesis y hace la crítica del estudio que con el título de «Viget Latinitas» publicó el P. Mir en esta revista a fines del pasado año<sup>2</sup>.

El articulista de *Latinitas* comienza ponderando la importancia de dicho estudio, reproduce el enunciado de las normas formuladas por el P. Mir para la versión al latín de los conceptos modernos y luego dedica un extenso comentario a la crítica de dos de dichas normas —la segunda y la tercera— que constituyen lo que podríamos llamar *el nervio y la clave* de la cuestión.

Como la posición del Sr. Coppa al criticar e impugnar la orientación del artículo aparecido en esta revista, no parece muy segura ni del agrado de todos<sup>3</sup>, me he creído en el deber de ocuparme de este tema redactando unas glosas y haciendo unas apostillas a los puntos, objeto de los comentarios del crítico de *Latinitas*.

Hay que imitar los mejores autores

El laureado autor de «Viget Latinitas» formula en estos términos su segunda ley o norma práctica: «Si queremos llegar a la naturalidad y colorido de la lengua latina, conviene que pongamos gran diligencia y empeño en leer e imitar los mejores autores, con

---

<sup>1</sup> I. COPPA, *Nostris temporibus Latinae linguae usus atque momentum*, en *Latinitas* 3 (1955) 148-153.

<sup>2</sup> I. M.<sup>a</sup> MIR, *Viget Latinitas*, en *HELMANTICA* 5 (1954) 369-393.

<sup>3</sup> Cfr. *Palaestra Latina* 25 (1955) 144-163.

los cuales ha de formarse la inteligencia y reproducirse el colorido latino <sup>4</sup>.

Es esta una verdad obvia, formulada también por los tratadistas de la literatura mundial: es el fruto espontáneo de la misma naturaleza de las cosas. Sí; para hablar o escribir cualquier lenguaje de la comunidad humana, con aquella naturalidad y colorido que le es propio, peculiar y característico, precisa leer e imitar sus mejores estilistas. Si son de hecho los mejores, deberán naturalmente ser considerados como los modelos, como los maestros del bien decir o escribir. Y en todas y cada una de las lenguas del fecundo árbol glotológico tiene eso aplicación: se trata de una verdad de sentido común.

Pues bien; situémonos en el área de la lengua latina. Y, desde luego, cabe muy bien asentar esta proposición: la lengua latina está encuadrada en una modalidad, en una característica especial; es una lengua, no personal, sino documental; no hablada sino escrita. Por eso algunos la llaman «lengua muerta», como la hebrea bíblica o la sánscrita.

En teoría vendrá sosteniéndose, de ordinario, que la lengua latina de nuestros días debe ser del tenor clásico: que el clasicismo ha de ser como su «sustrato». Tal es la franca posición del autor de «Viget Latinitas» y la del articulista de *Latinitas*. Ambos convienen en que los autores que hay que leer e imitar son los clásicos; y, entre estos, los más clásicos.

El autor de «Viget Latinitas» alega, en confirmación y prueba de su segunda norma o ley práctica, tres autoridades: Heinccio, Mureto y Noltenio; y, en nota, esboza unas frases de Quintiliano y otras de Bacci, uno de los más grandes estilistas latinos de la época en que vivimos <sup>5</sup>.

Pues bien; el crítico de *Latinitas* descubre sus atisbos de disconformidad entre lo dicho por Heinccio y lo sostenido por Mureto; a él le agrada el parecer del primero; pero está disconforme

---

<sup>4</sup> HELMANTICA, ib., pág. 373: Hanc vero linguae Latinae naturam et nitorem si consequi volumus, in legendis et imitandis optimis auctoribus «quibus formanda mens et ducendus color» Latinus (Quint., 10, 1, 59), magnum studium multamque operam collocemus oportet.

<sup>5</sup> HELMANTICA, ib., pág. 373-375.

con el del segundo. Y ¿qué es lo que dice el primero? Que hay que leer todos los autores; y de ellos hay que escoger, para nuestro uso, los mejores <sup>6</sup>.

Si pudiéramos ahora opinar, creeríamos que no todos aprobarían, sin restricción alguna, tales afirmaciones de Heinecio.

Si hay que elegir a uno sólo de los autores ¿para qué leerlos todos? Y si hay que leerlos todos, ¿para qué elegir a uno? Y si el mejor «en absoluto» no ha dicho una línea de determinada especialidad, ¿cómo arreglárselas? ¿Y qué se sacará de escoger lo mejor, entre los mejores autores, si «sólo» ha de imitarse al mejor de todos ellos? ¿No vendría aquí de molde lo de los filósofos especulativos: *Quod continet continens, continet contentum in eo?* De la calidad, en su tanto, puede afirmarse lo propio que de la cantidad... Bien podemos pensar que ciertas cuestiones, de puro sutiles, llegan a quebrarse.

Seamos, con todo, asequibles y convengamos en que la expresión de Heinecio, así en bloque, es a todos aceptable y de todos admitida: será uno de tantos «preciosismos» en el cultivo de la lengua del Lacio.

Pero ahora asoma el punto del nudo de la dificultad. El autor de «Viget Latinitas» amplía la explicación de su norma o ley segunda, trayendo a colación la autoridad del humanista Mureto, hombre de un juicio más acogedor en el guarismo de los autores que han de ser leídos e imitados por el escritor latino de nuestros días. Traduzcamos aquí su pensamiento:

Discerniré, dice, escogeré y, juntamente con los que en especial han parecido ser los primates de la antigüedad, Cicerón, César y Terencio, tomaré asimismo de los otros muchas cosas. Cuando haya conformado en lo posible el tenor de mi discurso con su ejemplo, escogeré también de los otros lo más bello; y aquello,

---

<sup>6</sup> HELMANTICA, ib., pág. 373-374: Neque sola scriptione Latinae eloquentiae facultatem assequimur. Quid enim juvabit scribere, nisi antea ipsam linguae indolem ac genium animo conceperis? Id vero qua alia ratione consequi possit, quam lectis diligenter auctoribus, ego quidem vix intelligo. Et alibi: «Omnes legendos auctores, et ex iis optima quaevis in usum nostrum esse seponenda, ipsi... docuimus. Neque tamen ideo omnes promiscue sunt imitandi. Unus, isque optimus, eligendus, cujus ad exemplum totius orationis habitum componamus».

en que cada uno parezca haber brillado más, me esforzaré en imitarlo y reproducirlo. Y no sólo en los que poco ha he nombrado sino en Tertuliano, Arnobio, Jerónimo, Agustín, Ambrosio y, lo que más te pasmará, en Apuleyo, Casiodoro, Marciano y Sidonio Apolinar, encontraré muchas cosas con las que, puestas en su acomodo, tornarése más fecundo y adornado el discurso <sup>7</sup>.

Pues bien; aquí está la manzana de la discordia para el atildado crítico de la revista *Latinitas*. Al contemplar un escritor escogiendo entre tantos autores, ya cree él encontrarse frente por frente de la multicolor veste del juglar de Venecia, de que tan galanamente escribe Bacci <sup>8</sup>. No; la amplia y abundante facultad de selección, que nos concede la benevolencia de Mureto, según nuestro crítico, no es aceptable: esto no debe, no puede ser. Y, por más que los otros autores hayan dicho o escrito cosas óptimas, sólo podrán escogerse, en el caso de que no se hallen tales cosas en los escritores de la *aurea Latinitas* <sup>9</sup>.

Mucha estrechez e intolerancia nos parece ésta, con perdón del contraopinante; y, francamente, la creemos tan insostenible, como lo fué en su tiempo el optimismo del celebrado filósofo Leibnitz.

Propongamos, para variar en nuestro asunto, una sencillísima y breve cuestión: ¿Podrá traducirse en latín nuestra palabra española «escritor» por el vocablo «auctor»? Según la opinión del articulista de *Latinitas*, parece que de ninguna manera. Porque Cicerón, el

---

<sup>7</sup> HELMANTICA, *ib.*, pág. 374-375: Immo vero, adhibebo iudicium, habebo delectum, et cum iis potissimum qui antiquitatis quoque principes visi sunt, Cicerone, Caesare, Terentio, aliis quam plurima sumpsero: cum orationis meae genus ad eorum exemplar quam maxime potuero, conformabo, ex aliis quoque bellissimum quodque carpam, et quo quisque maxime excelluisse videbitur, id imitari atque exprimere conabor; neque in iis modo quos paulo antea nominavi, sed in Tertulliano, Arnobio, Hieronymo, Augustino, Ambrosio, et quod magis mireris, Apulejo, Cassiodoro, Martiano et Sidonio Apollinari, multa reperiam, quibus suo loco positis oratio uberior et ornatior fiat.

<sup>8</sup> *Latinitas*, *ib.*, pág. 150: Quodsi ab istorum oratione bellissimum quodque in nostram fluxerit orationem, haec profecto, ut nostra fert opinio, illi assimilabitur versicolori Veneti ludionis vesti, de qua A. Bacci, purum Latinae linguae usum attingens, lepide scribit.

<sup>9</sup> LATINITAS, *ib.*, pág. 150: Censemus idcirco id tunc solummodo licere cum scilicet in aureae, quae dicitur, aetatis scriptoribus verba vocesque desint ad certas exprimendas res apta.

clásico cumbre, tan sólo usó la expresión «scriptor»<sup>10</sup>; y no usó nunca la expresión «auctor», que usó Tito Livio, y usaron otros muchos escritores y siguen usando los mismísimos escritores de la revista *Latinitas*<sup>11</sup>. Entonces, ¿dónde está la Lógica?

No hace falta demostrar que cualquiera de esos buceadores encanecidos de la «monumental» Latinidad, encontrará estas inconsecuencias a granel, aun en las páginas de los escritores latinos más atildados de todas las edades. Sí, oteará él, a través de su ciencia «apergaminada», la multicolor veste del juglar de Venecia, que, por necesidad, han de transparentar siempre los escritores modernos que quieren desenvolver su pensamiento con los arreos de la no moderna lengua del Lacio.

Asaz difícil es llegar a comprender, por qué razón haya de exigirse al escritor latino lo que no se exige, en ninguna de las lenguas modernas, ni acaso se exigiría en las antiguas. Si nuestros escritores de hoy sólo hubieran de estar mirando, si lo dijo, o no lo dijo Cervantes, muy probablemente las prensas se enmohecerían de tanto esperar la faena. Y hay más; no dejaría de ser con toda razón tildado el escritor que usara al presente algunas de las palabras y expresiones del Príncipe de nuestra literatura.

Pues, ¿a quién podría, por ejemplo, exigírsele que imitara hoy el período múltiple y estudiado del Orador Romano? ¿A quién el ritmo acompasado de su frase? ¿Quién se cuida de reproducir en nuestros días las filigranas de las «miniaturas» de los códices medievales? ¿Y no cabría variación y, por ventura, progreso en la misma lengua de los «clásicos»? Si viviera hoy Marco Tulio Cicerón, ¿continuaría escribiendo como escribió? Algo va de lo que es-

---

<sup>10</sup> E. BERGER, *Stylistique latine*. 4.<sup>a</sup> ed. París 1951, p. 25: «Auctor», garant, répondant, autorité, source, ne doit pas s'employer pour «scriptor», écrivain. *Caecilius malus auctor latinitatis est* (Att. 7, 3, 10), Cecilius est une mauvaise autorité en fait de latin. *Quoniam optimus auctor ita censeat* (Or. 57, 196). *Sunt qui male pugnatum ab his consulibus in Algido auctores sint* (Liv. 4, 26, 6). Une faute fréquente est relevée en ces termes par Madvig (à propos de Fin. 2, 10, 29): *Aliquo auctore fit quod eius fit consilio et impulsu; quomodo nunc vulgo loquuntur, Epicuro auctore, di mundum non regunt, ut sit: si Epicuro credimus, Epicuri iudicio, ueteres quod sciam locuti non sunt* (il excepte PLINE, N. H. 4, 4, 5, 9).

<sup>11</sup> *Latinitas*, ib., pág. 150.

cribió en sus años mozos, a lo escrito en sus años de pausada ancianidad, como nos enseña, por ejemplo su libro *De Senectute*<sup>12</sup>.

Como el agua de los ríos, como el follaje de las selvas todo va fluyendo y pasando, también en el escenario de la gran familia humana. Y queda poco menos que inmutable, como en el reino paleográfico, el peculiar lenguaje de los Clásicos, como quedan en pie, a la vuelta de siglos, las pirámides en los arenales del desierto.

Enhorabuena que sean leídos, estudiados, admirados y aun imitados, en lo imitable, los clásicos latinos; pero con un sentido amplio, acogedor y progresista, que vaya perfilando el arrollador y como necesario vaivén del curso del pensar humano. No se trata ya de un culto idolátrico de la forma, que, por bello e ideal que sea, constituye el patrimonio de otros tiempos.

Ni Cicerón lo dijo todo, ni tenemos, como es de suponer, todo lo que dijo mediante la hermosa y fecunda lengua del Lacio. Y, si no empleó el léxico de Vitruvio o de Columela, no es precisamente porque el tal léxico no sea «clásico»; sino porque el Príncipe de los Clásicos no escribió sobre arquitectura, ni sobre el barbecho de los campos. Dígase lo propio de los otros autores clásicos, cuyo «clasicismo» quizá nadie, a punto fijo, podrá probarlo a satisfacción de todos. ¡Que la «relatividad» no es exclusiva de nuestro esplendoroso y afortunado siglo de las luces...!

Pero lamentaríamos que el amable lector, por lo expuesto hasta aquí, viniera en pensar siquiera que nos queremos constituir enemigos del clasicismo de la lengua latina. De ninguna manera. Como tampoco vamos a negar lo que es el insigne humanista Mureto, a pesar de ser tildado por el referido crítico de *Latinitas* su amplio pensar, sobre el uso que ha de hacerse de los escritores, que nos precedieron en el usufructo de la lengua del Lacio. Su pensar amplio, es, en cambio, para el autor de «Viget Latinitas», como prenda de acierto y enfoque de fecundos resultados.

Los pareceres pretéritos sobre el móvil de estas líneas, pretéritos siempre serán. Y los hay, como en todas las humanas cuestiones, amplios y estrechos, tolerantes e intransigentes, afirmativos y

---

<sup>12</sup> CICERON, *De Senectute*. Cfr. Texto latino con notas y vocabulario de nombres propios e instituciones, pág. VIII. Editorial Gredos. Benito Gutiérrez, 27, Madrid.

negativos. Por eso todo proceso crítico que se base en una mera «autoridad», no dejará de ser un proceso «adjetivo». De ese tenor es el seguido hasta aquí por el competente articulista de la revista *Latinitas*.

Buena estimamos la segunda ley o práctica, con que el P. Mir va jalonando los pasos de su trabajo, sobre el uso de la lengua latina en nuestros días. Pero naturalmente, al tratarse del terreno de la realidad práctico-práctica, que dirían los moralistas, cabe toda una gama de apreciaciones y criterios que, de no buscarse un temperante acomodo, harán infecunda, por no decir negativa, toda meta anhelada.

Esto, por lo que atañe a la lectura de los autores latinos, con el fin y objeto de lograr la naturalidad y colorido específico de los «Clásicos».

#### Formación de nuevos vocablos

Hora es ya, para abreviar nuestra tarea, de decir unas palabras sobre la formación de nuevos vocablos latinos, con que necesariamente el escritor moderno ha de ampliar y enriquecer el habla de los autores antiguos. Y entra aquí, conforme al lenguaje de los técnicos, el proceso «substantivo».

La tercera norma o ley práctica, que en su estudio establece el P. Mir, viene formulada de esta manera: «Y esta pura Latinidad no se empañará en modo alguno, si se tiene prudencia y moderación, al entreverar nuevos vocablos en el discurso: vocablos, que tomen su origen de la misma lengua latina —y alguna vez de la griega—, o que se usen vulgarmente en las lenguas más cultas de los pueblos»<sup>13</sup>.

Norma nítida y transparente en sí misma. En efecto, la evolución y multiplicación de las cosas y las ideas en el mutuo comercio humano, ha exigido por modo perentorio de todas las lenguas un progresivo desarrollo y crecimiento. Y cada una de las lenguas

---

<sup>13</sup> HELMANTICA, ib., pág. 375: Quae sincera Latinitas nequaquam obscuratur, si prudentiam et moderationem adhibeamus in novis admiscendis orationi vocabulis, quae tamen originem ab ipsa lingua Latina sumant —et aliquando a Graeca— aut in cultissimis omnium gentium linguis vulgo usurpentur.

modernas tiene sus modalidades y características, con que lograr su específica finalidad evolutiva.

La lengua latina, como es sabido, quedó casi tronchada en su *floración clásica*, y como estancada allá en los fríos monumentos literarios de la «paleografía». Como *lengua viva*, sobrevivió todavía varios siglos en evolución y crecimiento perenne, hasta que vino a cristalizar en la desglobación de las actuales lenguas románicas, que a la vez se están meciendo en un desenvolvimiento no interrumpido.

Y naturalmente, de querer continuar usando la lengua latina en el comercio literario-cultural de nuestros días, precisa que en su prístino deficiente vocabulario vayan poco a poco incorporándose nuevas voces, que sean manifestadoras de las nuevas ideas de nuestra época de progreso.

Cómo haya de procederse para lograr esta evolución terminológica del latín, lo declara con precisión la tercera norma, que estamos comentando, del estudio del P. Mir <sup>14</sup>. Las nuevas voces, ante todo, han de tomar origen de la propia lengua latina, como las ramas del tronco y éste de las raíces.

Efectivamente, la nativa evolución glotológica no viene de fuera —sería esto agregación— sino que va surgiendo poco a poco de las entrañas mismas de la lengua «in fieri». Este es el genuino crecimiento. Aquí no hay dificultad alguna, teóricamente hablando; ya nos haremos cargo, más adelante, de la dificultad práctica del problema que nos ocupa.

También a las veces, podrá usarse de la lengua griega, como de riquísima mina de derivación latina. Lo decía muy autorizada-mente el preceptista venusino, Horacio, como sabe de coro cualquier alumno que ha saludado las páginas de la *Retórica* <sup>15</sup>. Sobre todo, en la derivación técnica, la lengua griega ha sido en verdad un manantial perenne e inagotable para la lengua latina y continuará siéndolo en adelante.

Hasta aquí, el tantas veces aludido crítico de la revista *Latinitas* está del todo acorde con esa norma de derivación «greco-latina»; pero no admite, y rechaza positivamente el otro inciso de la

<sup>14</sup> HELMANTICA, *ib.*, pág. 375.

<sup>15</sup> *Hor, Ad Pisones*. 53 sg.



misma: las otras lenguas, estima él, no han de tener arte ni parte en la labor de derivación latina <sup>16</sup>. Y ¿por qué? Porque ello abriría innumerables puertas para mermar, con una cierta libertad, la integridad y elegancia del latín <sup>17</sup>.

Así se expresa el aludido crítico; pero nos tememos que, tal vez, su noble fervor clásico haya hecho que se expresara con un cierto exceso enfático; ya que no parece desprenderse del enunciado de la norma —con prudencia y moderación—, el origen de todas esas innumerables «puertas», atentadoras contra la integridad y elegancia del latín; como tampoco esa desmedida libertad, que pone en guardia al articulista de *Latinitas*.

Creemos ingenuamente que la integridad y elegancia de la lengua latina, hablando de un modo global, también habrá de mermarse con los vocablos griegos en ella interferidos: o sea por la aparición de algo que no es en sí latino. Si en sus tiempos, y para sus conveniencias de preceptista, dijo Horacio: «si Graeco fonte cadant» <sup>18</sup>; ¿no sería, porque entonces apenas tenían los romanos otras lenguas vecinas que asimilarse, o con qué enriquecer la suya?

Y si aún hoy viviera el Venusino, ¿no es más que probable que corrigiera así la expresión: «Si Romanico fonte cadant»?... De hecho —y a los hechos hay que atenerse en la lingüística— de hecho la lengua latina, en la marcha de los siglos, fué adoptando voces, que ni eran latinas, ni eran griegas: cosa muy natural por su perenne intercambio de mercancías y de ideas en la vida de los pueblos.

Por otra parte, algo debe de enseñarnos el proceder unánime de las modernas lenguas. Todas ellas tienen, ¿cómo no?, sus laureados maestros y sus egregios cultivadores; todas ellas se precian y glorían de su integridad y elegancia; y todas ellas, no obstante,

---

<sup>16</sup> *Latinitas*, ib., pág. 150: Quod ergo ad prius hujus normae enuntiatum atinet, quo nova verba ex Latinis vocibus, vel etiam e Graecis efficienda praescribuntur, id omnino probamus, dummodo prudentia illa ac moderatio re vera adhibeatur.

<sup>17</sup> *Latinitas*, ib., pág. 150: Quodsi autem ad alterum respiciamus, quo praecipitur ut novae voces, latine condendae, in cultissimis omnium gentium linguis vulgo usurpentur, ab ea nos prorsus dissentire profiteamus, quippe qua innumerales habeantur aditus ad Latini sermonis integritatem atque elegantiam nimia quadam libertate minuendam.

<sup>18</sup> HOR., *Ad Pisones*, 53-54.

son algo así como un centón de retazos sisados a otros dominios lingüísticos. Consúltese, si no, cualquiera de los modernos diccionarios etimológicos, que tanto se estilan y están al alcance de los estudiosos, y se verán las múltiples interferencias de las lenguas entre sí.

Más aún: el mismo latín «clásico» fué también atesorando y asimilando en su haber lingüístico vocablos de varias procedencias.

En los escritos de Julio César, para citar un solo ejemplo, puede hallar el lector varias voces de origen «galo» adoptadas por tan clásico escritor. ¡En algo se había de conocer que había recorrido su autor aquellos dominios de lenguaje no vernáculo!

El poder de la filosofía práctica creemos que es un hecho, no solamente en el área de la realidad óptica, sino también en el de la filología lingüística. No vamos a repetir aquí las autorizadas y serenas palabras del P. Haberl<sup>19</sup>, reproducidas en el estudio «Viget Latinitas», para afirmar una tesis; y reproducidas en la revista *Latinitas*, para negar la misma tesis. Pensamos que hartó y demasiado se ha dicho, alegado, repetido, afirmado y negado sobre ese tópico.

Parece como si esta fuera la idea fija de los cultivadores del latín en nuestros días. En el mismo cuaderno de la revista *Latinitas*, en donde se critica el estudio del P. Mir, aparecen dos largos artículos (uno de ellos del propio P. Mir, «laureado» por más señas en el certamen patrocinado por la misma revista vaticana)<sup>20</sup>, en los cuales se enfoca ese problema del moderno léxico latino. Pulula allí todo un rimerero de voces que, ni son latinas, ni son griegas: son sencillamente «latinizadas».

No sabemos, cuál sea sobre este particular el pensar del tantas veces aludido crítico, Juan Coppa. Pero el discreto lector ya puede otear aquí, como una sutil rendija de «internas» indiscrepancias en la misma revista *Latinitas*. Una sola cosa nos atrevemos a afirmar, como fruto de nuestro pobre esfuerzo en la revista «Palaestra Latina».

Cualquiera que lo pruebe, a conciencia, verá que no es posible ni mucho menos, prescindir de «acomodar» muchas voces de otras

<sup>19</sup> HELMANTICA, ib., pág. 378-379; *Latinitas*, ib., pág. 151.

<sup>20</sup> *Latinitas*, ib., pág. 103-109; 110-119.

lenguas a la latina, como lo han hecho y hacen a su propio respecto todas y cada una de las lenguas modernas. Y más podríamos añadir: Esta táctica es la única viable en el terreno de la práctica.

Tomemos, al azar, una familia de palabras de nuestro léxico español: *revólver*, *pistola*, *pistolete* y *chachorrillo*. Genéricamente se conoce lo significado por estas palabras con el nombre de «armas cortas». Y específicamente las veo definidas, en el diccionario español VOX <sup>21</sup>, de la siguiente manera: *Revólver* es una pistola de cilindro giratorio con varias recámaras, que sucesivamente pasan por delante del cañón del arma. *Pistola* es un arma de fuego, corta, que se amartilla, apunta y dispara con una sola mano. *Pistolete* es un arma de fuego más corta que la pistola. *Chachorrillo* es una pistola pequeña de bolsillo.

Puesto ahora ante la necesidad práctica, pregunto: ¿cómo traducir a la lengua latina esas palabras? ¿Será acaso suficiente, como hacen algunos autores, despacharse con la voz «híbrida» *manuballistula*? El proceso puede ser muy expeditivo; pero no convincente, ni mucho menos <sup>22</sup>.

En la voz «manuballistula» tenemos, ante todo, una huella del hibridismo, que, si en absoluto no es inaceptable, posee, con todo, un complejo de inferioridad lingüística, para usar el lenguaje de los psicólogos. Además, la palabra griega «ballista», transferida al latín en su buena época <sup>23</sup>, en realidad nada tiene que ver con nuestras «armas cortas», como se desprende de la definición y grabación que de la «ballista» nos da la historia antigua <sup>24</sup>. Lo del diminutivo, ya puede convenir con nuestras «armas cortas». Y, a pesar de lo insinuado aquí, la voz «manuballistula» ha tenido o hecho for-

<sup>21</sup> Vox: *Diccionario general ilustrado de la Lengua Española*; segunda edición por D. Samuel Gili Gaya. Publicaciones y Ediciones Spes. S. A. Barcelona, 1953.

<sup>22</sup> A. BACCI, *Lexicon eorum vocabulorum quae difficilius latine redduntur*. Ed. 2.<sup>a</sup>. Romae, 1949. s. v. «Pistola».

<sup>23</sup> FELIX GAFFIOT, *Dictionnaire illustré Latin-Français*. Librairie Hachette. 79 Boul. Saint-Germain, Paris. s. v. «Ballista».

<sup>24</sup> Cfr. CH. DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*. Paris, 1873, s. v. «Tormentum»; A. RICH, *Dizionario delle antichità greche e Romane* (Trad. italiana). Milano 1869. s. v. «ballista»; FERRANDONEA, *Diccionario del mundo clásico*. Ed. Labor, 1954, s. v. «ballista».

tuna entre los escritores latinos modernos; nosotros mismos la hemos empleado alguna vez, en «Palaestra Latina»<sup>25</sup>, aunque sólo lo hemos hecho por puro «compañerismo».

Pero, como los españoles distinguimos «cuatro» géneros al menos de armas cortas, creemos que la lengua latina de nuestros días habría de hacer lo mismo: se le habrían de incorporar otras tantas voces, significadoras de cosas «realmente» distintas: no puede satisfacer aquí, como en ninguna otra parte, el simplismo.

La palabra *revóiver* se nos ha entrado en la corriente de la lengua, mediante el idioma inglés; y proviene de la palabra latina *revolvere*. Cotéjese la palabra «revólver» con la definición antes aducida, y se verá siquiera un atisbo de conveniencia entre la cosa y el nombre. De ahí que no tendríamos por inadmisibile, al contrario, la traducción que da Ch. Dumaine, en sus *Conversaciones Latinas*<sup>26</sup>: «revolverium».

La palabra «pistola» y su diminutivo «pistolete» nos ha entrado por medio del alto alemán *pistole*; ni la tenemos por atentadora de la integridad y elegancia de nuestro idioma. Algo nos enseñan de la historia militar estas palabras. El vocablo «cachorrillo» ya tiene su origen en nuestra propia lengua, derivada a su vez de la latina, aunque no podamos determinar ahora la razón «histórica» de su cambio semántico. ¿Veleidades del idioma?

Y si, para entretener al culto lector con otro botón de muestra, de las armas cortas pasamos a las largas; podemos brindarle esas palabras de la familia del «fusil»: *ametralladora*, *arcabuz*, *carabina*, *escopeta*, *espingarda*, *máuser*, *mosquete*, *trabuco*. Varias lenguas y muy diversas raíces dan génesis a esos términos del léxico español. También aquí la historia militar tiene algo que decir. ¿Será suficiente traducir toda esta serie de vocablos por «sclopetum» o cosa por el estilo?<sup>27</sup>. Nuestro amable lector tiene la palabra.

Hasta aquí la mera cuestión de «derecho». En lo concerniente a la cuestión de «hecho», habría mucho que decir y perfilar; pero es necesario irnos ya replegando, para no abusar en demasía de la

<sup>25</sup> *Palaestra Latina*, 25 (1955) 90-93.

<sup>26</sup> CH. DUMAINE, *Conversations Latines*. 3<sup>e</sup> édition refondue et augmentée. A. Tralin, Editeur. 12, rue du Vieux-Colombier, 12. Paris (VI), pag. 258.

<sup>27</sup> Ib.

atención del lector. Lo más pertinente, a nuestro modesto pensar, no es precisamente discutir de un modo teórico e inane, si hemos de estancarnos o no en el empleo de palabras latinas, griegas o indoeuropeas; sino establecer, en cada caso particular por qué es aceptable, o no es aceptable, una determinada palabra o expresión, que se ha elaborado para un determinado concepto y en un momento lingüístico preciso.

Como se hace en las lenguas modernas, será a las veces el nombre del autor de un invento, el que servirá de sostén a la nueva palabra acuñada; será tal vez la ciudad, donde se produce una determinada materia o mercancía, una preparación «especializada», el nombre de la misma materia o género; o alguna circunstancia de contraste, racial, geofísica, será como el puente de enlace de la nueva formación lingüística.

¡Ah! No deja de ser muy aleccionador para el curioso el estudio de la moderna nomenclatura, en los diversos lenguajes de las gentes. La historia, la geografía, la etnología, la sociología, se van perfilando, ante sus ojos asombrados en el léxico de los idiomas. Y acaso se descubrirá en ellos incluso el elemento anecdótico, la nota de humor, el entremés folklórico de la jerga de nuestros días.

Todo esto nos está diciendo a voces que el panorama literario ha de ser muy amplio y acogedor, para el escritor que quiera hoy expresar en latín el policromado pensamiento que lo envuelve en el curso progresista de los siglos y de las generaciones.

Muy digno de consideración y respeto es, por cierto, el arte antiguo, en sus líneas y colorido clásico y estilizado, mas no por eso ha de rechazarse sin más el arte moderno que, después de todo, nace de la misma consubstancialidad de las generaciones de hoy, muy otras por educación e idiosincrasia de las de ayer.

Y dígase lo mismo del uso y empleo de la lengua latina. Aquel repetido aforismo «*latinum est, non legitur*», que con frecuencia sale, como al desgaire, de labios del tecnicismo de la latinidad «monumental», a nuestro pobre sentir, es como un deje sentimental de nostalgias pretéritas, que no está en armonía y consonancia con la marcha ascendente de los siglos hacia el fondo mismo de la eternidad.

Tal, pues, debería ser el «tanteo» de la solución práctica del problema del uso de la lengua latina en nuestros días, que en su am-

plitud máxima, según el decir del Secretario de la Comisión Dictaminadora del Certamen Capitolino, plantea la monografía del esclarecido latinista P. José M.<sup>a</sup> Mir., C. M. F.<sup>28</sup>.

Sí; es muy admisible, práctico y útil un campo más amplio de visión en el uso y desenvolvimiento del latín, como instrumento precioso y eficaz de comunicación internacional. Ninguna otra lengua puede arrebatarse sus derechos de primacía.

Pero no es mi propósito abordar aquí y desenvolver esa faceta práctica de la cuestión; rebasaría ello mi primordial intención de hacer tan sólo unas sucintas glosas al aludido artículo de la prestigiosa revista *Latinitas*, en donde más bien se entabla la cuestión en el campo meramente especulativo; y acaso abusaría también más de lo justo de la atención del paciente lector, que me ha ido acompañando hasta aquí.

Es muy cierto que aparece, en el estudio crítico de la revista tantas veces aludida, todo un conglomerado de palabras, que el atildado crítico no admite, y rechaza positiva y terminantemente. De ellas, las hay latinas, griegas, latinizadas y aún, iba a decir, europeizadas. No nos dice el articulista, por qué razón las reprueba, y juzga inadmisibles. Tal vez el mismo lector se creería en el derecho de rechazar más de una de ellas. Pero, lo repito, no es mi propósito abordar y desenvolver la cuestión de hecho. El P. Mir justifica su empleo en un artículo muy documentado que acaba de publicar en «Palaestra Latina»<sup>29</sup>.

Termino con las palabras que el articulista de *Latinitas* estampa como colofón de su estudio, tomadas del propio P. Mir:<sup>30</sup>

«A asunto tan capital presten todo su esfuerzo y conato los sabios, ni perdonen empeño y trabajo, a fin de que, por último, logremos lo que todos tan ardientemente deseamos. Aquellas discusiones, que, en «Alma Roma», en «Societas Latina» y en «Palaestra Latina», entretejían antaño notables peritos de la lengua latina, sean de nuevo renovadas. Y cada vocablo sea pesado con maduro examen, antes de que se incorpore a los léxicos de uso común».

<sup>28</sup> HELMANTICA, ib., pág. 369.

<sup>29</sup> MIR, *De Latinitate adhuc vigente*, en «Palaestra Latina» 25 (1955) 146-156.

<sup>30</sup> *Latinitas*, ib., pag. 152; HELMANTICA, ib., pág. 390-391; Cfr. JIMENEZ, *Hacia una academia internacional*, en HELMANTICA 3 (1952) 485-486.

«Precisa, finalmente, que se constituya una *Sociedad Latina*, que considere, con equilibrado juicio, todos los pareceres; reprima los errores de los innovadores y, con su sentencia, proponga los vocablos que deba introducir el uso. Sólo con una tal actitud y procedimiento la lengua latina aparecerá, ante todos, floreciente y superando las mayores dificultades. Y no la verán como nadando en el vado de la muerte, sino con aquel vigor y lozanía que un día la constituyó madre y nodriza de muchas lenguas».

ILDEFONSO GONZALEZ, C. M. F.